

© De la edición española:

 **Ediciones Librería Argentina**

Andrés Mellado, 42. 28015 Madrid. España

Tel: 91 5434781

www.libreriaargentina.com

MAQUETACIÓN: Equipo ELA

DISEÑO DE PORTADA: Equipo ELA

DEPOSITO LEGAL: M-30976-2015

ISBN 978-84-9950-141-3

Impreso en España

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos posibles presentes o futuros, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

LOS MEJORES
CUENTOS DE LA INDIA

RAMIRO CALLE



Ediciones Librería Argentina

Andrés Mellado, 42

28015 Madrid. España

Tel: 91 5434781

www.libreriaargentina.com

Índice

Prólogo	7
Agradecimientos	11
El tejedor	13
En armonía	14
El mono engréido	16
El cumpleaños	17
Lo incognoscible	18
El pastor viajero	21
La paloma	22
La muerte	23
La santa indiferencia	26
La compasión	28
La diosa Parvati	31
El falso gurú	32
La enseñanza del abuelo	33
La felicidad interior	34
Aruni y Svetaketu	36
El testimonio	37
Brahman	38
La tela	39
Descabezado	40
El sabio Bhrigu	41
El barquero	42
El poder del amor	43
El hijo de Parvati	44
El sadhu rico y el sadhu pobre	45
Demonios con ego, demonios sin ego	46
El maestro Vedantin	47
Las inquietudes de la reina	48
La aguja	50
La motivación inquebrantable	50
Como un muerto	51
Más allá del maestro	52
Los dos yoguis errantes	53
Indecisión	54
Luces y sombras	56
La diosa Kali	56
Renunciación	57

Tú eres mi maestro, yo soy tu maestro	58
¿Qué hacer con el ego?	59
El sabio y las dos esposas	60
La visión superior	61
El callejón sin salida	63
Nuevamente encadenado	64
Refractarios	65
Ejemplarizar	66
De aquí para allá	67
El sacerdote ladino	68
Supresión consciente y no represión	69
Es cuestión de batir	70
Unidad	71
El verdadero maestro	71
La tortuga y el pez	72
El lancero	72
El descastado	74
El mantra	74
El jefe de caravanas	75

Prólogo

La India ha sido la cuna de la más alta y refinada espiritualidad. A lo largo de milenios han florecido en el subcontinente indio toda clase de vías soteriológicas, métodos salvíficos, técnicas liberatorias y psicologías de la realización. La India es la patria del yoga y, asimismo, del hinduismo, el budismo, el jainismo y escuelas religioso-filosóficas para la autorrealización. Desde hace miles de años, han ido surgiendo en la India grandes maestros de la mente realizada e iniciados, tales como Buda, Mahavira, Shankaracharya, Kabir, Ramakrishna y Ramana Maharshi. La Enseñanza perenne se ha ido transmitiendo de maestro a discípulo de boca a oído. Por ello, en la India siempre ha existido, a diferencia de otros países, una verdadera espiritualidad viviente. Esta espiritualidad también ha sido reflejada en una extensísima y muy valiosa literatura sagrada, donde destacan los Upanishads en la tradición hindú. El hinduismo no es sólo una religión, sino también una forma de vida, una actitud ante la existencia y una vía hacia lo Inefable.

Dentro del hinduismo han surgido innumerables escuelas liberatorias y miles de maestros, habiendo ido apareciendo, a lo largo de siglos, muy diversas corrientes de autorrealización. Los tres caminos tradicionales o sendas de autorrealización han sido el Karma-marga o vía de la acción inegoísta; el gnana-marga o vía del discernimiento; el bhakti-marga o vía de la devoción. Cada persona, según su naturaleza mental y propensiones, puede optar por una u otra, aunque ninguna de ellas excluye las otras, sino que las tres se complementan.

Desde la más remota antigüedad, los maestros hindúes se han servido de modo habitual y con carácter didáctico-espiritual de símiles, analogías, cuentos y narraciones espirituales, a veces cargadas de un gran sentido del humor, otras empapadas de una notable perspicacia, en ocasiones recurriendo a la lógica paradójica (para apuntar más allá del pensamiento ordinario) y siempre tratando de remover espiritualmente al individuo y abrirle veredas hacia un conocimiento supraconsciente. Estas historias suelen ser hermosamente sencillas, pero pueden ser leídas, reflexionadas y medita-

das desde distintos planos de entendimiento. Son para niños y adultos, siempre adomáticas, encantadoras y sutiles. A menudo una de estas historias o cuentos dicen en muy pocas palabras más que un tratado sobre el tema y tienen la maravillosa capacidad de calar de modo directo en la mente y en el corazón del que las escucha o lee. Los maestros las han ido transmitiendo desde hace más de cinco mil años. También con ellas tratan de expresar lo que en sí mismo es inexpressable, aquello que es innombrable. El maestro es consciente de lo dificultoso que es poner en palabras o conceptos lo que por su naturaleza prístina está siempre más allá de cualquier palabra o concepto; de la imposibilidad de viajar con el pensamiento ordinario hacia lo que está allende el pensamiento.

Leemos en el Kena Upanishad:

«Aquello que no es expresado por la palabra y por lo cual la palabra es expresada, has de saber que aquello es, en verdad, el Absoluto, no lo que las gentes veneran como tal.

Aquello que no se piensa mediante el pensamiento y por lo cual dicen que el pensamiento es pensado, has de saber que aquello es, en verdad, el Absoluto, no lo que las gentes veneran como tal.

Aquello que no se ve mediante el ojo y por lo cual se ven los ojos, has de saber que aquello es, en verdad, el Absoluto, no lo que las gentes veneran como tal.

Aquello que no se oye mediante el oído y por lo cual el oído es oído, has de saber que aquello es, en verdad, el Absoluto, no lo que las gentes veneran como tal.

Aquello que no se respira mediante el aliento y por lo cual el aliento es respirado, has de saber que aquello es, en verdad, el Absoluto, no lo que las gentes veneran como tal».

Para apuntar a la última realidad (como quiera que ésta la entendamos), el maestro se sirve a menudo de acertijos místicos, paradojas, símiles o narraciones místicas muy significativas. Se está hablando de lo que no se puede hablar, pero el discípulo necesita pautas de orientación y referencias para hollar el camino liberatorio. Estas narraciones abren en la mente brumosa canales de claridad y comprensión; estimulan un tipo de entendimiento correcto y apuntalan la lucidez. Pero, además, algunas de estas narraciones tienen un carácter muy práctico y orientan a la persona para que conduzca la actitud adecuada a la simple vida cotidiana. Esta ha sido siempre una de las características singulares de la enseñanza de los maestros

hindúes: la combinación de lo sagrado y lo profano y, por ello mismo, la capacidad de sacralizar lo profano y profanizar lo sagrado, sin hacer diferencia inútil entre lo cotidiano y lo cósmico, porque en lo cotidiano se puede hallar lo inefable y lo más sublime se puede encaminar hacia lo cotidiano. De hecho, aquello de lo que debe liberarse el ser humano es de la ofuscación o ignorancia primordial y del sufrimiento. Toda persona tiende al goce supremo o gozo, pero a menudo los caminos transitados conducen más bien al apego y la servidumbre. No hay otra felicidad que la completa paz interior, pero incluso lo más cotidiano puede instrumentalizarse para abrillantar la consciencia y alcanzar en esta misma vida el gozo inefable que deviene cuando la persona conecta con su naturaleza real, quebrando la identificación ciega y mecánica con las actividades externas y los propios procesos psicofísicos.

La gran mayoría de los cuentos espirituales que se han utilizado en todas las tradiciones han sido elaborados por los maestros de la India. Luego estos cuentos o narraciones espirituales los encontramos en tradiciones como la tibetana, la china, la japonesa, la sufi y otras, e incluso algunos de estos cuentos, precisamente porque son muy significativos y hasta divertidos, nos los encontramos incluso como historias chistosas que relatan personas que no están interesadas en lo espiritual o que desconocen que éstas narraciones surgieron como métodos de apertura mística.

En esta obra encontrará el lector un gran número de narraciones que he tenido ocasión de ir escuchando de maestros y recuperando a lo largo de mis más de 200 viajes a la India y de medio centenar a los países asiáticos. Estas sugerentes narraciones forman parte del legado espiritual de la humanidad y por su carácter adogmático y suprarreligioso pueden ser leídas, apreciadas y disfrutadas por toda clase de lectores.

Todo buscador quiere acceder a lo Incondicionado. Es su aspiración máxima y el mayor sentido de su existencia; quiere llegar allí:

«De donde palabras y mente rebotan sin obtenerlo, el que conoce el gozo del Absoluto no teme nada».

Ramiro Calle

(Director del Centro de Yoga SHADAK)

Ramiro Calle

Para contactar con el autor:
Centro de Yoga Shadak
c/ Ayala, 10 28001. Madrid
www.ramirocalle.com

Agradecimientos

 Mi agradecimiento para Isabel Morillo por haber colaborado en la recuperación y traducción de parte de los cuentos recopilados en esta obra.

 Mi gratitud para mi buen amigo indio director de la fabulosa librería «MARIA BROTHERS» de Simla, Rajiv Sud.

 Todo mi más sentido reconocimiento a mis alumnos del Centro de Yoga SHADAK.

El tejedor

Había un tejedor que vivía en el campo y he aquí que todas las noches un elefante de Indra, el dios y señor de los cielos, descendía sobre el campo del tejedor y se dedicaba a pastar en sus prados, quedando estos devastados. Al levantarse cada mañana el dueño de los campos veía con horror en qué condiciones estaban los prados. Reunió a sus amigos y vecinos y les expuso lo que sucedía. Luego les preguntó:

-¿Qué o quién está ocasionando todo esto?

Los amigos le contestaron:

-Tal vez por la noche las piedras del molino visiten tus campos y los dejen devastados.

Entre todos ataron todas las piedras del molino, pero a la mañana siguiente el tejedor halló los campos en iguales condiciones. Entonces los amigos dijeron:

-Acaso sean los molinos de arroz los que paseen por tus campos y produzcan la devastación.

Entonces ataron los molinos de arroz, pero a la mañana siguiente los campos estaban de nuevo en pésimas condiciones. ¿Qué hacer? El tejedor se dijo a sí mismo que lo único que podía hacer de momento era quedarse toda la noche en vela, vigilando lo que sucedía en sus campos y tratando de descubrir la causa.

Por la noche, el tejedor se ocultó tras unos arbustos. Pasaron las horas y, de repente, contempló un gran elefante volando y que iba descendiendo hasta aterrizar en sus campos. El elefante comenzó a pastar, como en noches anteriores. Cuando estuvo saciado e iba a remontar el vuelo, el tejedor salió corriendo hacia él y se colgó de su cola.

El elefante ascendió a los cielos, llevando tras de sí al tejedor. En el cielo, el tejedor se situó en un lugar donde no era visto y contempló la danza de los bailarines celestes. También degustó los sabrosos manjares de los dioses. Cuando a la noche siguiente el elefante iba a volar hacia la tierra, se enganchó de nuevo a su cola y así pudo regresar a sus campos.

Durmió profundamente y al amanecer corrió a despertar a sus amigos y vecinos para contarles todo lo que había tenido ocasión de ver y gozar. Después de reunirles y contar con todo detalle lo sucedido, dijo:

-Os aseguro, amigos, que después de lo que he visto, no encuentro ningún sentido ni atractivo a la vida en este miserable lugar. ¿Sabéis una cosa? Partamos para los cielos de Indra.

Los amigos y vecinos estuvieron de acuerdo. Había que irse cuanto antes a la morada del poderoso dios Indra y gozar de sus reinos placenteros.

Al anochecer, el tejedor y sus amigos se reunieron tras los arbustos, ocultándose, pero manteniéndose muy vigilantes para no perder la ocasión. Llegó el colosal elefante y estuvo pastando durante un buen rato. Cuando iba a remontar el vuelo, el tejedor se enganchó a su cola y, a las piernas del tejedor, su mujer, y a las piernas de la mujer, sucesivamente, los amigos, con lo que entre todos formaron una descomunal fila humana, toda ella colgada de la cola del animal.

El paquidermo era enorme y no tenía el menor problema para arrastrar tanta gente de su cola; ni siquiera se había dado cuenta de ello. Estaba atravesando capas de nubes cuando el tejedor, de súbito, se dijo: «¡Mira que soy bobo! Tenía que haberme traído el telar conmigo». Este pensamiento le distrajo, aflojó las manos, perdió el contacto con la cola del animal y todos se precipitaron al vacío, hallando la muerte.

El maestro declara: así de inoportuno puede ser el pensamiento descontrolado; así de perjudicial puede ser el apego, sea a un telar o a cualquier otro objeto o sujeto de apego.

En armonía

Vivía plácidamente en un valle, fluyendo con la naturaleza, con actitud meditativa, la mente abierta, el corazón contento. Era un yogui entrado en años y ni un solo día en los últimos años había dejado de sentirse en equilibrio.

Aunque no impartía enseñanza, la gente se sentía tan bien y sosegada a su lado que comenzó a ser muy conocido en las localidades cercanas. Y un día un grupo de filósofos que estaban de viaje, habiendo oído hablar de él, decidieron acudir a visitarlo. Ellos tenían muchos conocimientos, pero no gozaban de paz ni de contento. Al atardecer de un día tibio, los filósofos llegaron al exuberante valle. Un riachuelo serpenteaba entre los árboles y los pájaros

no dejaban de trinar, como si quisieran con sus melódicos trinos despedir al sol poniente. El yogui estaba sentado apaciblemente en la pradera; un perro dormitaba confiado a su lado. Los filósofos llegaron hasta el yogui y le saludaron. Después preguntaron:

-¿Qué haces, buen hombre?

-Estoy -repuso con tranquilidad el yogui.

-¿Estás en meditación?

-Siempre estoy en meditación.

Los filósofos se miraron entre ellos, dudando de si el hombre estaba en sus cabales.

-¿Te estamos molestando?

-Jamás me sentiría molesto por una criatura.

Estoy dichoso de veros, como lo estaba de no veros.

Los filósofos cada vez estaban más extrañados.

No podían creerse tanta paz, tanto equilibrio, tanta ternura y cordialidad.

-¿No te aburres aquí solo? -preguntaron.

-¿Solo? Nunca estoy solo. Estoy con mi Ser interno, que es el mismo que el de este perro, el de aquella cabra, el de aquel árbol y el del cantarín riachuelo.

El yogui ofreció unas frutas a los visitantes, que se sentaron a su alrededor.

-Hemos venido de lejos -dijeron-. Somos filósofos; cultivamos el pensamiento; investigamos a través de la lógica.

-¡Ah! -exclamó el yogui.

-Pero no encontramos la paz -se lamentaron.

-¡Ah!

Todos juntos degustaron las frutas. Después, uno de los filósofos hizo una pregunta directa, que es la que todos estaban deseando formular:

-¿Cómo has conseguido tanta paz, tan contagioso sosiego, tanta calma imperturbada?

Una sonrisa asomó a los labios del yogui. El perro movió la cola. Olía al follaje perfumado. El hombre dijo:

-¿De verdad queréis saberlo?

-Sí, y te lo agradeceríamos de por vida.

-Pues no hay gran secreto en ello, ¿sabéis? -dijo-. Estoy en armonía. Estoy en armonía con las nubes, las aves, los astros, los búfalos y los campesinos. Estoy en armonía, siempre en armonía.

Vivo con los vivos y muero con los muertos. Y en ese instante su corazón dejó de latir.

El maestro declara: no origines tensión innecesaria ni contigo ni con los demás ni con el curso de los acontecimientos; así estarás en armonía.

El mono engreído

Los hindúes admiran profundamente a Buda, a pesar de que su enseñanza se salió de la ortodoxia. Esta historia tiene por protagonista a Buda y la narran los maestros hindúes. Además, hay otro protagonista en este cuento: el rey de los monos.

Un día el rey de los monos oyó hablar de Buda, al que consideraban sus seguidores un gran ser.

«Si es un gran ser -se dijo el mono- yo no puedo dejar de conocerlo. ¿Acaso no soy el rey de los monos? Está bien que a ese gran hombre le admiren, pero él me admirará a mí, porque soy fuerte, intrépido y poderoso».

El rey de los monos se presentó ante Buda, que acababa de pronunciar un hermoso sermón precisamente sobre la compasión y la humildad. La verdad es que el mono era ágil y fuerte. Sin embargo, era sumamente arrogante y soberbio.

-¿Qué tal estás, amigo? -le saludó el Buda con afecto.

-¿Cómo voy a estar, señor? Miradme. Soy fuerte, valiente, ágil y listo. Soy el rey de los monos. No podría haber sido de otra forma. Nada me arredra y no hay lugar al que yo no pueda ir.

-¿De veras? -preguntó con ironía Buda, sin que la misma la captara el animal.

-¡Y tan de veras! Os lo puedo demostrar. ¿Dónde queréis que vaya?

-Si te empeñas -repuso Buda-, donde a ti te apetezca ir, aunque quizá deberías saber que el mejor sitio está dentro de uno.

El mono le miró sorprendido. La verdad es que no era aquél un hombre corriente. Dijo con evidente infatuación:

-Veloz como un rayo, con el ánimo diligente y recurriendo a todo mi poder, que es mucho, voy a viajar hasta el fin del mundo y luego volveré hasta ti.

-Si es lo que quieres...

-Te lo demostraré, gran ser.

El mono dio un impresionante salto y partió veloz. Corrió con toda la energía de sus resistentes patas. Cruzó valles, dunas, desiertos, montañas, junglas, desfiladeros, cañones, ríos, mares, cordilleras.

Fueron días y días de una galopante carrera, hasta que al final llegó a un lugar en el que divisó cinco inmensas columnas y más allá, el vacío absoluto.

«No hay duda -se dijo-, este es el fin del mundo».

Para marcar su territorio, el mono orinó en aquellas gigantes columnas. Luego regresó corriendo hacia el punto de partida. De nuevo atravesó velozmente, a lo largo de días, mares y ríos, cordilleras y valles, desiertos, dunas y desfiladeros. Llegó por fin donde estaba Buda. Jadeante, el mono dijo:

-¿Te das cuenta, señor? He llegado al fin del mundo. Soy el más poderoso, el más ágil, el más resistente, el mejor entre los mejores.

Los ojos despejados de Buda se clavaron en los del petulante rey de los monos. Buda dijo:

-Por favor, amigo, mira a tu alrededor.

El mono miró a su alrededor. ¡Por todos los dioses! Estaba en la palma de la mano de Buda y comprendió que nunca había salido de la misma.

¡Qué mal olía! Era su propia fétida orina derramada en los cinco dedos de la mano de Buda que había tomado por columnas y, más allá, el vacío. ¡Ni siquiera había salido de su mano!

El maestro declara: la petulancia hiede como la orina del rey de los monos.

El cumpleaños

El monarca de uno de los reinos más poderosos de la India cumplía cincuenta años. La ocasión era muy especial. El rey quería celebrarlo con nada menos que siete días y sus siete noches de fiestas incomparables, con toda clase de fastos. Pero solicitó que cada asistente le trajera el regalo que considerase mejor.

Así fueron llegando príncipes, nobles, cortesanos y señores. Cada uno de ellos trató de aportar el mejor regalo. El monarca fue

recibiendo los más espléndidos corceles, los brocados más primorosos, las joyas más maravillosas, las tallas de marfil más soberbias, las obras de arte más fabulosas. Y, de repente, un ermitaño, semi-desnudo, solicitó ver al monarca. El rey era un hombre bondadoso y accesible, así que ordenó que le dejaran presentarse ante él.

-¿Qué regalo me has traído? -preguntó el monarca.

-Nada, señor -repuso el ermitaño-, porque tengo entendido que habéis pedido el mejor regalo que uno considere y el mejor regalo yo no os lo puedo dar; tendréis que conseguirlo vos.

-¿Yo? ¿A qué regalo te refieres?

-El mejor regalo, señor, es una mente tranquila. Yo no os la puedo dar, pero si vos queréis obtenerla, hay medios para ello.

El monarca se quedó impresionado. Efectivamente ese era el mejor regalo: una mente serena, porque él había alcanzado medio siglo de vida y, a pesar de su riqueza y poder, tenía el problema de todos los seres humanos: la mente. El ermitaño se quedó varios días con el monarca y le enseñó a meditar. Luego partió apaciblemente, pero no sin antes decir al rey:

-El mejor regalo no os lo he podido dar, pero os he dado el modo de conseguirlo. Que vuestra mente un día more en la calma profunda.

El maestro declara: no hay mayor felicidad que la paz de la mente.

Lo incognoscible

Era un brahmán que anhelaba saber lo que ocurría cuando se produce la muerte. Durante un buen número de años se sometió a severas austeridades y penitencias y oró todos los días a los dioses para que le dieran a conocer algo de lo que sucedía al morir.

Los dioses se percataron de sus austeridades y oraciones y decidieron brindarle algunas experiencias supramundanas. El sol comenzaba a despuntar. Era un amanecer cálido y hermoso. El brahmán, como era de ritual, acudió a la orilla del río a efectuar sus abluciones matutinas. Después se sentó en meditación a recitar los mantras védicos. De súbito, su espíritu abandonó su cuerpo y fue a depositarse en el de un intocable (el que no tiene casta y es despreciado por los que la tienen). Se trataba del hijo de un simple zapa-

tero remendón. Era un niño de corta edad. Pasaron los años. El niño se convirtió en un joven, siguió el oficio de su padre haciéndose zapatero, se desposó y tuvo hijos. Pero un día, el zapatero tuvo la intuición certera de que era un brahmán. Determinó dejarlo todo y partió para otro país vecino de la India.

El hombre llegó al país vecino justo cuando el monarca estaba falleciendo. No tenía hijos ni familiares cercanos, por lo que no había sucesor al trono. En esas circunstancias se acostumbraba en ese país a enviar por el reino un elefante y un halcón para que ellos reconocieran a un digno sucesor y lo eligieran.

Los ministros enviaron a los dos inteligentes animales por el país a la búsqueda de un posible rey. El elefante y el halcón recorrieron durante días el reino. Cuando tuvieron ocasión de ver al hombre extranjero, fueron prestos hacia él. El elefante hizo una reverencia al hombre y el halcón se posó en su hombro: signos inequívocos de que reconocían a ese hombre como monarca. Todos aclamaron al extranjero y fue investido rey.

El tiempo huye como las nubes arrastradas por el viento, como las aguas que no dejan de descender por los ríos, como las estrellas fugaces destellan en el firmamento por las noches. Pasaron los años.

Mientras tanto la mujer del zapatero, desesperada, no dejaba de buscar incesantemente a su marido. Recorrió pueblos, ciudades y otros países. Por fin descubrió a su esposo y se reunió con él. Era una mujer muy sencilla y eso despertó sospechas. ¿Quién era realmente esa mujer que decía ser la esposa del rey y quién era en verdad el monarca? Las lenguas de los seres humanos están siempre prestas, como corceles briosos, para murmurar. Se difundió la noticia de que tanto el rey como su esposa eran descastados. La gente se sintió burlada y humillada. Algunos ministros se suicidaron, el primer ministro huyó del país, los más violentos agredieron a los cortesanos y los componentes de la guardia real comenzaron a combatir entre ellos mismos. El monarca, sintiéndose ridiculizado y rechazado, se precipitó sobre una hoguera, queriendo poner fin a su existencia.

Fue justo en ese instante cuando su espíritu salió del cuerpo del zapatero y se instaló en el del brahmán, que seguía recitando sus mantras a orillas del río. Los brahmanes son la casta más elevada de la India y, por tanto, respetados e incluso venerados.

Perplejo, el brahmán se incorporó y se dirigió hacia su casa. Su esposa estaba en el porche y, al verle, comentó:

-¿Ya has hecho tus abluciones? ¡Qué pronto has acabado esta mañana!

El brahmán guardó silencio. Entró en la casa y se quedó meditabundo. Se preguntó:

«¿Qué ha sucedido? ¿Será que el Divino me ha mostrado por fin lo que sucede cuando uno muere? ¿Lo habré soñado?, ¿habrá sido todo un juego de mi fantasía descontrolada? »

No salía de su asombro. Durante unos días estuvo ausente, sin poder superar la estupefacción. Transcurrió una semana, y un día, a la hora de comer, un hombre se presentó en la casa del brahmán solicitando comida y argumentando que no había tomado un solo bocado en varios días.

-¿Por qué no has comido en tanto tiempo? -le preguntó el brahmán.

-¡Ha sido horrible! -exclamó el hambriento-. Ha pasado, señor, algo increíble. En el país que yo vivía un zapatero remendón se convirtió en monarca, luego se descubrió su mísera condición y comenzaron los disturbios por doquier. Yo logré huir de aquel caos. Unos mataban a los otros; muchos se suicidaban y el mismo rey se arrojó a la hoguera.

El brahmán escuchó al hambriento totalmente desconcertado y atónito. Le entregó buena cantidad de comida y no despegó los labios. Se dijo a sí mismo:

«No puedo entender con mi mente limitada nada de lo que está ocurriendo. Creí que era un sueño el que yo había sido durante años zapatero y luego durante años un monarca. Pero he aquí que viene uno de los hombres de mi reino y confirma que lo que yo creía un sueño o una jugada de mi imaginación, ha sido real. Lo que ha durado años en una realidad, ha durado muy poco en otra, pues incluso mi mujer me dijo que había invertido menos tiempo del habitual en mis abluciones. Y ciertamente mi esposa sigue teniendo la misma edad».

El hambriento partió. El brahmán, confundido y sin poder hallar respuestas lógicas a lo sucedido, siguió reflexionando. Se dijo:

«Tal vez hay diversos niveles de realidad en la Realidad única del Divino. Quizá el espíritu pase por distintos modos de exis-